

FILOSOFÍA DE LA MENTE Y FILOSOFÍA DE
LA PSICOLOGÍA: LA AGENDA, LA PRÁCTICA,
EL DOMINIO

*Philosophy of Mind and Philosophy of Psychology: the
Agenda, the Practice, the Domain*

Eduardo RABOSI

*Universidad de Buenos Aires - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
(Argentina)*

BIBLID [(0213-356) 4, 2002, 21-43]

RESUMEN

Me propongo elucidar los sentidos que algunos filósofos de la mente dan a la expresión «naturalismo» cuando se autocalifican de naturalistas. Mi atención no está dirigida a los programas de naturalización, sino a la adopción de «metafilosofías» naturalistas. Después de describir la posición de los filósofos canónicos de la mente (II), de explicar qué entiendo por «canon tradicional» (III) y de caracterizar el naturalismo (IV), paso revista a textos de Block, Fodor, Dennett, Wittgenstein y Cummins que, entiendo, exponen distintas maneras de ser naturalista en la filosofía de la mente. En (V) y (VI) intento formular un balance y fijar mi posición.

Palabras clave: Filosofía de la Mente, Psicología, naturalismo, canon tradicional.

ABSTRACT

My purpose is to elucidate some senses of «naturalism», as used by those philosophers of mind that qualified themselves as naturalists. I am not interested in «naturalistic programs» but on the nature and adoption of naturalistic metaphilosophies. After a brief introduction (I), I present descriptions of the Philosophy of Mind

«canonical style» (II), the «traditional canon» (III) and naturalism (IV), and review and comment texts by Block, Fodor, Dennett, Wittgenstein and Cummins that advance different ways of being naturalist. In the final sections I draw some conclusion and express my preferences.

Key words: Philosophy of Mind, Psychology, naturalism, traditional canon.

I

Hace algunos años, Hao Wang escribió:

Un rasgo común de la práctica filosófica de Carnap y de Quine es su preocupación por la precisión local (mayormente formal) acompañada por una inclinación sorprendente a tolerar y aun a celebrar la falta de definición global... El atractivo de esta práctica está asociado, sin duda, a la especialización en las ciencias... pero la preocupación mayor de la filosofía sigue siendo la tarea de lograr algún grado de definición global (Hao Wang, 1986).

Que esta observación es extensible a una porción representativa de la práctica filosófica analítica, está fuera de discusión. No se trata, por cierto, de criticar la obsesión por la «precisión local», sino de lamentar la ausencia o la postergación de las «definiciones globales».

En este trabajo intento alcanzar «algún grado de definición global». Concretamente, me propongo presentar y evaluar un conjunto de propuestas acerca de cómo concebir y cómo practicar la Filosofía de la Mente y la Filosofía de la Psicología. Para ello cuento con la complicidad de varios filósofos que han considerado importante plantear esa cuestión «global» e intentar responderla.

Las preguntas específicas que formulo son:

¿Qué se suele entender/qué hemos de entender por Filosofía de la Mente o Filosofía de la Psicología?; es decir, ¿cuál es la agenda propia de cada una?;

y,

¿Cómo se practica/cómo hemos de practicar la Filosofía de la Mente o la Filosofía de la Psicología?; es decir, ¿cómo hemos de filosofar acerca de la mente o acerca de la Psicología?

«Filosofía de la Mente» y «Filosofía de la Psicología» son expresiones recurrentes en la jerga filosófica contemporánea. No son nuevas, por cierto. Lo novedoso de su uso actual consiste en que, con frecuencia, se las emplea para denotar áreas específicas de la Filosofía, en un pie de igualdad con áreas tradicionales como la Metafísica, la Filosofía del Conocimiento, la Filosofía de la Ciencia y la Filosofía del Lenguaje, entre otras. Los síntomas son claros: hay una bibliografía extensa y altamente especializada, existe una oferta creciente de cursos, seminarios, coloquios y

congresos, los catálogos de las grandes editoriales les dedican secciones específicas y la academia las reconoce como «especialidades» legítimas atribuibles a individuos, centros y programas de investigación.

Al preguntar por la Filosofía de la Mente y la Filosofía de la Psicología, no intento promover un ejercicio abstracto de metafilosofía. Mi motivación es otra. Cuando investigamos un problema filosófico tendemos a suponer que existe una «normalidad teórica puntual» en función de la cual identificamos los problemas «legítimos», las estrategias teóricas «válidas» y el conjunto de presuposiciones «no cuestionables». A menudo, también suponemos que esa «normalidad teórica puntual» queda definida por la práctica analítica estándar, es decir, por la manera usual de entender y cultivar la Filosofía de la Mente o la Filosofía de la Psicología en el mundo filosófico anglosajón (y sus dependencias).

La primera suposición es correcta. Aceptar un marco mínimo de «normalidad» es una condición de la práctica teórica y, por ende, del buen filosofar. La segunda suposición, en cambio, debe ser manejada con cautela. En el marco de un programa específico de investigación importa tener en cuenta que dentro de la tradición analítica se dan distintas maneras de concebir y componer la agenda propia de la Filosofía de la Mente o de la Filosofía de la Psicología, así como distintos modos de practicarlas. A veces, las diferencias son de matiz, otras de grado, otras de fondo. En ese caso, las diferencias pueden dar origen a programas de investigación no compatibles o, aún, a planteos incompatibles dentro de un mismo programa. Uno de los objetivos del trabajo es poner de manifiesto esas diferencias.

Pero la cosa no para allí. No sólo se trata de advertir diferencias, sino de tomar una decisión razonada acerca de cómo concebir y practicar la Filosofía de la Mente o la Filosofía de la Psicología. Que seamos *importadores* endémicos de problemas, temas y técnicas filosóficos no implica que no tengamos *derecho* a preferir fundamentalmente unos «productos» a otros y, correlativamente, que no nos veamos en la *obligación* de hacerlo. El otro objetivo del trabajo es, pues, identificar las ofertas preferibles y explicar las preferencias propias.

El trabajo está articulado sobre una serie de textos que ejemplifican tipos de respuesta a mis preguntas. La lectura de esos textos es literal. Sólo en un caso me involucro en cuestiones interpretativas. No intento ofrecer una reconstrucción histórica, ni presentar un «estado del arte».

II

Consideremos el siguiente texto (Lo identificaré con «1»).

La tarea de la psicología es investigar la naturaleza de los fenómenos mentales, desarrollar teorías acerca de qué son esos fenómenos y de los principios o leyes que rigen sus operaciones... A nosotros nos preocupa articular lo que está involucrado en los conceptos mentales... el filósofo [como el psicólogo] investiga los

fenómenos mentales pero lo hace investigando los conceptos mentales: los conceptos mentales son más el *método* de investigación que el objeto... el filósofo busca descubrir verdades necesarias, verdades que pueden aseverarse sin un estudio empírico de la mente y de sus operaciones, verdades que valgan para toda ejemplificación posible de los fenómenos mentales en cuestión. Tales verdades son descubiertas elucidando el contenido de nuestros conceptos mentales... la filosofía de la mente, tal como se la concibe aquí, es distinta de lo que a veces se llama la filosofía de psicología, esto es, el estudio de la naturaleza y el significado de los resultados y métodos de la psicología científica... [su nivel es] de segundo orden: se alimenta de la ciencia de la que depende. La filosofía de la mente busca sus propias verdades y es independiente (en ambos modos) de la psicología científica. En este sentido el presente enfoque tiene un carácter tradicional... sólo ciertos conceptos poseen interés filosófico... la esencia de los fenómenos mentales está contenida *a priori* en los conceptos mentales, es decir, los conceptos mentales tienen una profundidad y riqueza que hacen posible y fructífero... llevar a cabo la investigación de su contenido (McGinn, 1982).

Tenemos aquí una primera respuesta a mis preguntas. La Filosofía de la Mente y la Filosofía de la Psicología son disciplinas distintas porque tienen dominios diferentes. El dominio propio de la Filosofía de la Psicología son «los resultados y métodos de la psicología científica». El de la Filosofía de la Mente, en cambio, es el ámbito peculiar de los «conceptos mentales». Los temas de la Filosofía de la Mente son: la naturaleza de los fenómenos mentales, las relaciones de la mente y el cuerpo, la intencionalidad, el pensamiento y el lenguaje, el yo (McGinn, 1982). La existencia de un dominio y una metodología propios (formulación de verdades necesarias, apelación a argumentos modales), da derecho a prescindir de toda información empírica. El filósofo de la mente ni siquiera tiene que interesarse por las conclusiones a las que arriban los colegas que hacen Filosofía de la Psicología. La idea es que en los conceptos mentales se expresa la «esencia de los fenómenos mentales» y está implícito que hay una manera directa de acceder a ella mediante la elucidación de los respectivos contenidos conceptuales. Se reconoce que se trata de un planteo «tradicional».

Consideremos ahora este otro texto «2».

...el boom [de la filosofía de la mente] se ha debido al ímpetu proporcionado por el crecimiento explosivo, a mitad del siglo, de la «ciencia cognitiva», un grupo de disciplinas aliadas que incluye la psicología, la lingüística, la neurociencia y la inteligencia artificial, y que tiene la aspiración de ampliar la comprensión científica de lo mental. Esto ha cambiado en alguna medida (algunos dirán, fundamentalmente) el carácter de la filosofía de la mente, y hay áreas en las que el trabajo filosófico acerca de la naturaleza de mente es contiguo al trabajo científico. [Esas áreas] incluyen tópicos tales como la representación mental, las imágenes mentales, la racionalidad, la toma de decisiones, el lenguaje y la adquisición del lenguaje, la naturaleza de la psicología «folk» y sus relaciones con la psicología sistemática, y la controversia acerca de la inteligencia artificial y el conexionismo. [= Filosofía de la psicología y de la ciencia cognitiva]... [Pero hay] problemas que de modo estándar y

tradicional se considera que caen claramente en el campo de la filosofía de la mente, [que son distintos] de los que emanan primordialmente de los desarrollos recientes en las ciencias... La filosofía de la mente, como cualquier otro campo de investigación, queda definida por un grupo de problemas... los problemas que constituyen ese campo conciernen a la mentalidad y las propiedades mentales... el concepto de «criatura (estructura) con una mente», la relación entre propiedades físicas y propiedades mentales, la ubicación de la mente en un mundo que es esencialmente físico (Kim, 1996).

Esta respuesta difiere de la anterior en varios puntos. Reconoce que el boom de la Filosofía de la Mente se debe, en gran medida, a un factor extrafilosófico: el desarrollo de la Ciencia Cognitiva; admite la contigüidad de ciertas «áreas del trabajo filosófico» con áreas de trabajo científico; define las áreas filosóficas en función de los problemas que tratan; adopta el fisicalismo, es decir, una tesis ontológica naturalista.

¿Implican esas diferencias una ruptura con el planteo anterior o sólo se trata de un *aggiornamento* impuesto por la realidad o dictado por una encomiable urbanidad académica? Me inclino por esta segunda opción. Préstese atención a lo siguiente. La afirmación de que la Filosofía de la Mente, «como cualquier otro campo de investigación queda definida por un grupo de problemas», es sospechosamente simplista. La Filosofía de la Mente queda definida, además, por la estrategia de trabajo que se elija y por la concepción general de la filosofía que se presuponga. En la especie, esas estrategias y presuposiciones son similares a las del planteo anterior. Basta con advertir que el criterio para identificar los problemas propios de la Filosofía de la Mente lo da la «tradición», que la proclamada contigüidad de la filosofía con la ciencia sólo se da en el caso de la Filosofía de la Psicología, que ella es separada nítidamente de la Filosofía de la Mente porque sus respectivas agendas son distintas y, como es de esperar, los problemas propios de la Filosofía de la Mente son prácticamente los mismos que los referidos en el primer planteo.

«1» y «2» ofrecen la respuesta que la mayoría de los filósofos de la mente de extracción analítica dan o darían a mis preguntas. Pero ¿qué clase de respuesta es ésa?, ¿en qué se fundamenta?, ¿cuál es su origen? Una manera de develar esas incógnitas consiste en apuntar a la íntima relación de la Tradición Analítica con el Canon Tradicional. La concepción Canónica de la filosofía y de la práctica filosófica, es la siguiente:

1. La Filosofía es una disciplina autónoma.
2. El dominio propio de la Filosofía es el plano o nivel conceptual.
3. Los problemas filosóficos son, en esencia, problemas conceptuales; su tratamiento excluye las cuestiones de índole psicológica, histórica, sociológica, cultural; en general, excluye toda cuestión empírica.
4. La Filosofía es independiente de las ciencias; la eventual relación con ellas es «vertical»: la Filosofía las fundamenta, elucida sus conceptos, dicta las

- normas acerca de cómo deben proceder o produce esquemas que resumen y generalizan sus resultados; la Filosofía es *philosophia prima*.
5. Los enunciados filosóficos verdaderos expresan verdades necesarias, conocidas *a priori* y válidas para toda ejemplificación posible, real o concebible.
 6. Hay distinciones básicas que no se puede ni se debe eliminar o sustituir: *analítico/sintético, a priori/a posteriori, necesario/contingente, ser/deber, normativo/descriptivo, ontológico/cognoscitivo*.
 7. Las estrategias filosóficas legítimas apelan a intuiciones, deducciones, contraejemplos, experimentos mentales, argumentos escépticos, argumentos trascendentales.
 8. La reflexión filosófica produce elucidaciones, fundamentaciones o justificaciones racionales; corresponde a la filosofía el monopolio de la racionalidad; en ese sentido, su finalidad es legislativa, normativa.
 9. La Filosofía debe reivindicar valores ontológicos, cognoscitivos y éticos fundamentales: la realidad, la objetividad, la verdad, la necesidad, la universalidad, la certeza, el bien, la justicia.
 10. Los problemas filosóficos son problemas reales, es decir, susceptibles de ser planteados y resueltos. Su endémica indecidibilidad y la consiguiente pluralidad sectaria no afectan la validez del planteo.

Este Canon Tradicional (su estructura decalógica es mera coincidencia) ha recibido los contenidos más diversos. Cada uno de sus ítems y cada una de las maneras de relacionarlos ha generado grandes discrepancias interpretativas. Sin embargo, esas discrepancias no han afectado su vigencia cultural y profesional. La capacidad de supervivencia del Canon, es notable.

¿Debemos honrar el Canon dócilmente? ¿Qué nos puede mover a ello: el mero apego a la tradición o, quizá, la convicción de que *qua* filósofos podemos producir un tipo de conocimiento distinto y superior a cualquier otro? ¿Existen mejores razones? Es bueno recordar que en otros tiempos y lugares el Canon ha sido cuestionado. Claro que no todos los cuestionamientos han perseguido o persiguen una misma meta. Por regla general, han sido/son reformistas. La Fenomenología y la llamada Filosofía Analítica son casos paradigmáticos de reformismo filosófico. Por excepción, los cuestionamientos han sido/son revolucionarios, es decir, se han propuesto/proponen sustituir el Canon, respetando (o no) las reglas de juego académico (Rabossi, *en prensa*).

En las últimas décadas ha habido un surgimiento –según algunos un resurgimiento (Kitcher, 1992)– de posiciones naturalistas. En una de sus variantes, el naturalismo cuestiona el Canon. Veamos qué significa esto.

III

¿Qué es el naturalismo?, ¿qué papel juegan la distintas versiones del naturalismo *vis-à-vis* el Canon?, ¿cuánto y cómo afectan la manera de concebir y practicar la Filosofía de la Mente o la Filosofía de la Psicología? Una respuesta sucinta –muy sucinta– es ésta:

El naturalismo se presenta a menudo en *versión ontológica*: lo que hay son entidades, propiedades y procesos naturales, en donde «natural» hace referencia a lo que pertenece al sistema espacio-temporal-causal que denominamos «mundo». Según los contextos, «natural» contrasta con «no-natural» o con «sobrenatural». En algunas versiones ontológicas, «natural» es una categoría que comprende, de modo intuitivo o liberal (Strawson, 1985), entidades, propiedades y procesos accesibles empíricamente. En otras versiones, «natural» es una categoría más estrecha que comprende idealmente las entidades, propiedades y procesos que constituyen el dominio de las ciencias naturales en general. En versiones aún más restringidas, «natural» comprende las entidades, propiedades y procesos propios de la Física (Fisicalismo). Las versiones no liberales del naturalismo están asociadas a programas reduccionistas o superveniencistas (no reduccionistas). Dichos programas suelen ser calificados de «cientistas» porque atribuyen a las ciencias naturales, en general, o a la Física, en particular, el privilegio de determinar lo que es. Las versiones naturalistas ontológicas no liberales concitan la adhesión de la mayoría de los filósofos contemporáneos de la mente.

No es contradictorio adoptar alguna versión de naturalismo ontológico y adherir al Canon. Eso ocurre en muchos *programas de naturalización*, es decir, en los programas que se proponen explicar ciertas propiedades *prima facie* peculiares (mentales u otras), en términos compatibles con la visión de la naturaleza que proporcionan las ciencias empíricas, en general, o la Física, en particular. En los hechos,

la tesis filosófica de la que [parten] es una tesis metafísica en el sentido tradicional, así como el tipo de argumentos [que proponen], ...el rol de la filosofía sigue siendo el de una «filosofía primera» (Pérez, 1999).

Hay, además, *versiones naturalistas metafilosóficas* que, de una u otra manera, cuestionan el Canon. El manifiesto inicial es el clásico y trajinado trabajo de Quine, «Epistemology naturalized» (1969). No tomaré parte en las lides interpretativas a que dio lugar. Sólo formularé algunas observaciones acerca de la manera como se presenta/se puede presentar este tipo de naturalismo.

Primera. Un naturalista metafilosófico convencido cuestiona la concepción autonómica de la Filosofía consagrada por el Cánón, porque implica desvalorizar o ignorar la relevancia de los hallazgos científicos y de las convicciones de sentido común. Cuestiona, además, la supremacía que atribuye a la Filosofía *vis-à-vis* las ciencias (la idea de la Filosofía como *philosophia prima*), porque la Filosofía es, en algún sentido pertinente, contigua a ellas. Cuestiona también el purismo apriorista, las pretensiones modales y los tipos de argumentación que el Canon alienta, porque

ignoran cuestiones empíricas relevantes y minimizan la importancia del mundo actual. Pone en cuestión, además, las distinciones tradicionales, en particular, *analítico/sintético* y *normativo/descriptivo*.

Segunda. No es necesario que el naturalista metafilosófico cuestione la tesis Canónica que asocia el filosofar con la elucidación conceptual y su carácter *a priori*. Si se desecha la teoría clásica de los conceptos, si no se atribuye a los conceptos una existencia *sui generis*, si se rechaza el supuesto kantiano de que el conocer *a priori* pone en marcha operaciones cognitivas que están exentas de «estigmas» empíricos, nada impide asociar el filosofar con la clarificación conceptual y la aprioricidad. Todo consiste en elaborar una concepción naturalista del conocer *a priori* (por ejemplo, Lewis, 1929/1956; Kitcher, 1988) y adoptar una teoría no clásica de los conceptos con suficiente apoyatura científica (Margolis y Laurence, 1999). Planteos similares pueden hacerse respecto de las pretensiones normativas del filosofar y del carácter normativo de la justificación, tal como las consagra el Canon. Es obvio que describir es distinto de normar y que explicar es distinto de justificar. La razón es sencilla: son prácticas distintas. Ese hecho, *en sí mismo*, no avala ni excluye ninguna interpretación filosófica específica. La tesis Canónica de que son «esencialmente» distintas es una tesis filosófica a la que es válido contraponer una tesis opuesta. Con otras palabras, el Canon no define la manera «filosóficamente correcta» de hacer y de decir la filosofía.

Tercera. La tesis de la contigüidad de la Filosofía y las ciencias da lugar a distintas interpretaciones. La más extrema sostiene que afirmar esa contigüidad significa remitir las preguntas y respuestas filosóficas a la disciplina científica que corresponda. Eso implica, de hecho, la eliminación de la práctica filosófica. Según una interpretación menos extrema, quienes filosofamos y quienes hacen ciencia desarrollamos programas distintos aunque convergentes, de modo que al llegar a un punto ideal de evolución teórica nuestros respectivos programas se fundirán. Esto también supone la eliminación de la Filosofía, aunque a largo plazo. Una interpretación más sensata sostiene que la contigüidad debe interpretarse como una *interface* que permite que quienes filosofamos y quienes hacen ciencia interactuemos, enriqueciendo nuestras respectivas prácticas teóricas. Volveré sobre este punto más adelante.

Hay, por cierto, otras versiones de naturalismo. Así, por ejemplo, se habla de *naturalismo global* vs. *naturalismo puntual*, de *naturalismo conservador* vs. *naturalismo progresista* (Kitcher, 1992), de *naturalismo cognoscitivo* vs. *naturalismo metodológico* (Katz, 1998). También se habla, a veces, de una *actitud naturalista*, que consiste en atender a los hechos mundanos y a los avances científicos y admitir que imponen restricciones a las pretensiones cognoscitivas de quienes filosofamos. Ningún filósofo serio puede obviarla.

¿Cómo influye todo esto en la consideración de mis preguntas? Es claro que las respuestas que podemos prever serán de un tipo diferente del que han expuesto «1» y «2». Pero ¿cuáles pueden ser los rasgos específicos? Los textos que siguen ejemplifican cinco maneras de responder esta pregunta.

IV

Consideremos el siguiente texto «3».

La Filosofía de la Psicología es el estudio de los problemas conceptuales en la psicología. Muchos de esos problemas caen por igual en la psicología y en la filosofía. Pero esto no quiere decir que esos problemas estén siempre en un borde entre ellas, que sean periféricas a ellas... El progreso científico involucra la solución de varias clases de enigmas conceptuales que a menudo requieren una articulación conceptual sustantiva y, a veces, encontrarse con confusiones conceptuales serias... Normalmente, los científicos resuelven en la ciencia los problemas conceptuales. Aunque las habilidades involucradas son del tipo en las que han sido entrenados los filósofos (y en las que, típicamente, los científicos no lo han sido), sólo quienes están en la frontera del conocimiento científico están en condiciones de ver los problemas con un grado adecuado de claridad... Lo que es diferente respecto de los problemas conceptuales en la psicología es que las fronteras del conocimiento del área están muy cerca del corazón de la psicología *folk*, que los problemas conceptuales acerca de la mente que los filósofos han discutido por largo tiempo son casi los mismos que los que impiden el progreso en la Psicología... los avances en la física han supuesto, notoriamente, nuevos conceptos, mientras que los avances en la psicología no... los problemas de la Filosofía de la Psicología son, en gran medida, problemas tradicionales en ropaje nuevo... [El planteo] no considera lo que podría denominarse la filosofía tradicional de la mente, que incluye tópicos tales como la identidad mente-cuerpo, otras mentes, la privacidad, la conciencia, y otros. Algunos filósofos podrían considerar afortunada la omisión porque piensan que tiene tan poco que ver con la Filosofía de la Psicología como la metafísica tiene que ver con la Filosofía de la Física. Por el contrario, veo... una buena razón para considerar a la filosofía de la mente como una parte de la Filosofía de la Psicología (más que a la inversa, tal como se supone corrientemente)... la mayoría de los problemas de la Filosofía de la Psicología *son* versiones de problemas tradicionales... [y] aún los problemas enrarecidos de la filosofía de la mente, como el del estatuto de los «qualia», a menudo tienen un relación más directa con temas conceptuales de la psicología de lo que se podría pensar a primera vista (Block, 1980).

Tenemos aquí un diagnóstico de la falta de avance lineal de la Psicología: la profusión de problemas conceptuales no resueltos. También tenemos el reconocimiento de que no puede haber una línea clara de demarcación entre las tareas que corresponden al filósofo y al psicólogo pues lo que los diferencia es el distinto entrenamiento que reciben. Se sostiene, además, que la Filosofía de la Mente no tiene un ámbito autónomo pues es una parte de la Filosofía de la Psicología. Se denuncia la influencia de la psicología *folk* y de su presencia ubicua. Esa presencia influye en la no acuñación de nuevos conceptos y en el hecho de que «los problemas de la Filosofía de la Psicología [sean], en gran medida, problemas tradicionales en ropaje nuevo». La agenda de la Filosofía de la Psicología incluye temas como el conductismo, el reduccionismo y el fisicalismo, el funcionalismo,

las representaciones mentales, las imágenes, el objeto de la gramática, las ideas innatas (Block, 1980).

Veamos ahora el texto «4», que ofrece una versión distinta de la anterior.

...este libro es, desembozadamente, un ensayo en psicología especulativa. Más específicamente, es un intento de decir cómo funciona la mente en tanto las respuestas a esta pregunta surgen de los recientes estudios empíricos acerca del lenguaje y la cognición. Vale la pena hacer el intento, por dos razones: primera, porque la pregunta acerca de cómo funciona la mente es profundamente interesante y la mejor psicología que tenemos es *ipso facto* la mejor respuesta de que disponemos. Segunda, la mejor psicología es todavía una investigación en desarrollo y estoy interesado en que esa investigación avance... [su supuesto es] que muchos procesos mentales son procesos computacionales y, por ello, gran parte del «comportamiento cognitivo superior» está gobernado por reglas... muchos investigadores sienten más y más que tienen poca claridad respecto del carácter general del marco teórico en el que trabajan y no tienen certidumbre en cuanto a lo que ocurrirá. Se impone intentar consolidarlo. Ésta es, creo, una de las cosas para la que está hecha la psicología especulativa. Uno trata de insuflar claridad en el desarrollo de la investigación para ayudar a guiar la investigación futura... como psicólogo especulativo uno trata de elaborar teorías empíricas de la mente que aunque sean neutrales, al menos son respetables... La psicología cognitiva contemporánea es... en general conservadora en su manera de considerar la tradición de sentido común... [su] *explicandum* fundamental es el organismo y sus actitudes proposicionales (Fodor, 1987).

El planteo parece ser éste. La mejor respuesta actual acerca de cómo funciona la mente lo da la Psicología Cognitiva, una disciplina que todavía está en proceso de maduración. Como su marco teórico es poco claro requiere tareas de apuntalamiento conceptual. El filósofo de la Psicología, el psicólogo especulativo, cuenta con herramientas para ayudar en la empresa. Su quehacer se ubica en el marco de la Filosofía de la Ciencia. Su objetivo es «insuflar claridad» al determinar maneras adecuadas de componer el marco teórico. Una diferencia importante con el planteo anterior, «3», es la evaluación del rol de la psicología *folk*: positivo en este caso, crítico en el anterior. Hay coincidencia, en cambio, en cuanto a la contigüidad del filósofo y el «psicologizar».

La distinción entre una teoría filosófica y una psicológica, es heurística: [es] una manera rápida de indicar qué tipo de restricciones operan en aquello que motiva a dar un cierto paso en la construcción de teorías... Apelo indiscriminadamente a consideraciones filosóficas y psicológicas. Me gustaría ser menos discriminador aún, porque tengo la certidumbre de que el progreso real sólo será producido por investigadores con acceso a un arsenal de estilos argumentativos que trascienda considerablemente lo que las disciplinas tradicionales ofrecen (Fodor, 1981).

Prestemos ahora atención al siguiente texto «5».

Con frecuencia, los filósofos son correctamente acusados de practicar una psicología (o neurociencia, o física o...) de sillón y hay muchas historias embarazosas acerca de filósofos confiados en sus declaraciones *a priori*, desmentidas más tarde

en los laboratorios... Una respuesta razonable es estudiar, sentado en el propio sillón, los mejores frutos del laboratorio y actuar con la filosofía que se tiene tratando de iluminar los obstáculos conceptuales y, ocasionalmente aislarse, con el objeto de aclarar, de un modo u otro, las implicaciones de alguna idea teórica. Trátándose de cuestiones conceptuales, los científicos son tan poco inmunes a la confusión como la gente común... He aquí unas pocas ideas inmaduras de experimentos diseñados para testear el modelo de conciencia que propongo (Dennett, 1991) ... Mi insistencia en la necesidad de que los filósofos abrevien en la ciencia pertinente antes de ponerse a hablar y mi negativa a llevar a cabo la investigación mediante el método tradicional de definición y argumentación formal, han hecho de mí, sin duda, un filósofo impuro de la mente. Más aún, en los dos tópicos principales, el contenido y la conciencia, defendiendo una posición «radical» que de manera solitaria y poco plausible proclama que la mayor parte del trabajo que se ha hecho en su supuesto punto de corte, es insalvable. Me aparto así de las controversias que capturan la imaginación de otros colegas, porque los problemas filosóficos que surgen de modo directo en la investigación no filosófica en la ciencia cognitiva me parecen mucho más interesantes, desafiantes y sustantivos. Me concentro en ellos: el problema del marco... los problemas acerca de la imaginación mental... el problema de las anomalías temporales... Creo que son problemas reales, en oposición a los problemas de aparataje como el de las representaciones mentales (Dennett, 1994) ... No he reemplazado una teoría metafórica, el Teatro Cartesiano, por una teoría no metafórica («literal», «científica»). Todo lo que he hecho es reemplazar una familia de metáforas e imágenes por otra... Podría decirse: es una guerra de metáforas. Pero es que las metáforas no son «sólo» metáforas; las metáforas son las herramientas del pensamiento... (Dennett, 1991).

Reaparecen aquí las consabidas referencias a las confusiones conceptuales enraizadas en las teorías científicas. Pero hay rasgos distintivos respecto de «3» y «4». En primer lugar, no se define cuál es o cuál debe ser la disciplina científica preferida. El repertorio es amplio: la Psicología, las neurociencias, la Inteligencia Artificial, las Ciencias Cognitivas en general. En segundo lugar, no se intenta decidir cuáles son los marcos teóricos que los científicos deben adoptar para hacer «buena» ciencia: no hay suposiciones valorativas, aunque eso no implica que la tarea sea meramente descriptiva. Por ello se sugiere, en tercer lugar, una especie de rutina de trabajo: abreviar «en la ciencia correspondiente», experimentar un interés por «los problemas filosóficos que surgen de modo directo en la investigación», continuar, «ilumina[ndo] los obstáculos conceptuales», medir «las implicaciones de alguna idea teórica» y proponer un marco teórico referido a cuestiones puntuales (el problema del marco) o abarcativas (el tema de la conciencia), susceptible de ser testeado experimentalmente. La idea de que ciertas propuestas filosóficas acerca de la mente tienen un carácter tal que las hace susceptibles de evaluación empírica (una idea que también aparece en «4») es una de las consecuencias más interesantes del naturalismo metafilosófico.

Veamos ahora esta colación de textos «6». El autor es Wittgenstein.

(i) La confusión y esterilidad de la psicología no se puede explicar por el hecho de que sea una «ciencia joven»; no se puede comparar su estado con el de la física en sus comienzos... en la psicología existen métodos experimentales y confusión *conceptual*... la presencia del método experimental nos hace creer que ya disponemos de los medios para librarnos de los problemas que nos inquietan; cuando en realidad problemas y métodos no se prestan atención, no se hacen caso (IF II xiv).

(ii) Cuando estudiamos psicología podemos sentir que hay algo insatisfactorio, una dificultad acerca del tema o del estudio –porque estamos tomando a la física como nuestra ciencia ideal–. Y entonces vemos que no podemos utilizar el mismo tipo de «métrica», las mismas ideas de medición que en física... Y, sin embargo, a los psicólogos les gusta decir: «tiene que haber alguna ley» –aunque no se haya encontrado ninguna...–. Mientras que a mí el hecho de que no haya realmente unas leyes tales, me parece importante (LC 42).

(iii) Ver, oír, pensar, sentir, querer, no son objetos de la psicología en *el mismo sentido* en que los movimientos de los cuerpos, los fenómenos eléctricos, etc., son objetos de la física. Esto lo ves en que el físico ve, oye esos fenómenos, reflexiona sobre ellos, nos los comunica, mientras que el psicólogo observa las manifestaciones (el comportamiento) del sujeto (IF §571).

(iv) Ninguna suposición me parece más natural que la de que ningún proceso cerebral corresponda al asociar o al pensar; de manera que sería imposible leer en los procesos cerebrales procesos de pensamiento (Z §608).

(v) El prejuicio en favor del paralelismo psicofísico es fruto de apreciaciones primitivas de nuestros conceptos (Z §611).

(vi) Quisiera decir: la psicología tiene que ver con ciertos aspectos de la vida humana. O también: con ciertos fenómenos. Pero las palabras «pensar», «temer» no designan esos fenómenos (OFP II §35).

(vii) Así que la psicología trata de la conducta, no de la mente. ¿Sobre qué informa el psicólogo? ¿Qué observa? ¿No es la conducta de los seres humanos, en particular, sus manifestaciones? Pero éstas no tratan de la conducta (IF II v).

(viii) No analizamos un fenómeno (por ejemplo, el pensar), sino un concepto (por ejemplo, el de pensar), y por tanto la aplicación de una palabra (IF §383).

(ix) ... El nuestro no es un problema causal, sino conceptual (UE §642).

(x) Los conceptos de la psicología son justamente los conceptos cotidianos. No son conceptos acuñados por la ciencia para sus fines, como ocurre con los de la física y la química (OFP II §61).

(xi) Genealogía de los conceptos psicológicos: no voy en pos de la *exactitud*, sino de la visión sinóptica (Z §464).

(xii) Plan para el tratamiento de los conceptos psicológicos (OFP II §63).

(xiii) Continuación de la clasificación de los conceptos psicológicos (OFP I §148).

(xiv) No aspiro con todos estos ejemplos a ninguna totalidad, ni a una clasificación de todos los conceptos psicológicos. Sólo pretendo ubicar a mi lector de modo que sepa arreglárselas en la ambigüedad conceptual (IF II xi).

(xv) El tratamiento de todos estos fenómenos de la vida mental, no es importante para mí porque pretenda ser completo, sino porque, para mí, cada uno de ellos arroja luz sobre el tratamiento de los demás (Z §465).

(xvi) Y aquí no se trata de síntomas, sino de criterios lógicos (Z §466).

(xvii) ... el «lenguaje ingenuo», es decir, nuestro modo de hablar ingenuo, normal, no contiene ninguna teoría de la visión; no muestra ningún tipo de *teoría*, sino tan sólo el concepto de visión (Z §223).

(xviii) Si la formación de conceptos se puede explicar a partir de hechos naturales, ¿no nos debería interesar entonces, en vez de la gramática, lo que subyace a ella en la naturaleza? Ciertamente, también nos interesa la correspondencia de los conceptos con hechos naturales muy generales (con aquellos que debido a su generalidad no suelen llamar nuestra atención). Pero resulta que nuestro interés no se retrotrae hasta esas causas posibles de la formación de conceptos; no hacemos ciencia natural; tampoco historia natural (IF II xii).

(xix) ...si las cosas fueran totalmente distintas a como efectivamente son, si no hubiera, por ejemplo, ninguna expresión característica de dolor, de miedo, de alegría, si la regla se convirtiera en excepción y la excepción en regla, o si ambas se convirtieran en fenómenos de aproximadamente la misma frecuencia, entonces nuestros juegos de lenguaje normales perderían su *quid* (IF §142).

(xx) El concepto de vivencia: similar a los de acaecer, proceso, estado, logo, hecho, descripción, informe... estas palabras extremadamente generales también tienen un significado extremadamente borroso (OFP I §648).

(xxi) ¿Es el progreso de la ciencia útil a la filosofía? Por cierto. Las realidades que se descubren facilitan la tarea del filósofo (UE §807).

Según una interpretación corriente, Wittgenstein expone una versión peculiar del Canon Tradicional. Se suele recordar el antipsicologismo del *Tractatus* y la drástica distinción entre la filosofía y las ciencias.

La filosofía no es una de las ciencias naturales. (La palabra «filosofía» debe significar algo que esté sobre o bajo, pero no junto a las ciencias naturales) (4.111).

El objeto de la filosofía es la clarificación lógica de los pensamientos (4.112).

La psicología no es más afín a la filosofía que cualquiera otra ciencia natural (4.1121).

Se señala que el «segundo» Wittgenstein continuó esa línea al distinguir de modo tajante lo conceptual de lo empírico, de lo causal (ix) y de lo fenoménico (vi, viii). Se puntualiza que sus elucidaciones transcurren exclusivamente en el plano conceptual (xiv), que su apoyo a la suposición de que los procesos cerebrales no

corresponden a procesos psicológicos (iv) y su rechazo del paralelismo psicofísico (v) lo encolumnan con quienes defienden, de una u otra manera, la posibilidad de una reflexión filosófica autónoma acerca de un ámbito también autónomo.

Convengamos que ver al Wittgenstein de las *Investigaciones Filosóficas* y textos conexos, como un reivindicador *encubierto* del Canon, es paradójico: Wittgenstein es el filósofo contemporáneo que lo cuestionó de la manera más expresa y revolucionaria. Se impone, pues, una interpretación diferente. La que expongo le atribuye, *con cautela*, una nueva versión del naturalismo metafilosófico.

Primero. Wittgenstein no fue ajeno a la psicología como disciplina científica. De joven realizó experimentos en acústica musical. En el *Tractatus* denunció «la psicología superficial de nuestros días» que cree en una cosa tal como «el alma» (*Tractatus* 5.5421). Durante la Segunda Guerra Mundial pidió prestar servicios en un hospital situado en zonas bombardeadas por los nazis y con la ayuda de Gilbert Ryle entró en el hospital Guy. Allí integró una unidad de investigación dedicada a casos de *conmoción traumática*. Uno de los problemas era la imprecisión del concepto mismo de conmoción traumática. El influyente informe final se terminó llamando, no por casualidad, «Observaciones acerca de los efectos generales de la herida en el hombre» (Monk, 1990). A partir de 1947 Wittgenstein se dedicó a la psicología y a sus problemas (como se había dedicado desde siempre a las matemáticas). Conoció la obra de Freud, estudió *Gestalt Psychologie* de Wolfgang Köhler y *Principles of Psychology* de William James. Wittgenstein creía que esta última obra era una «fuente de problemas y confusiones» y decía que su planteo mentalista/introspeccionista representaba la «vieja psicología tradicional».

Segundo. El diagnóstico de Wittgenstein acerca del estatuto científico de la psicología es claro: no se trata de una crisis de crecimiento sino de la falta de claridad conceptual. La experimentación, la introducción de términos técnicos o la construcción de teorías, no bastan para superar esa circunstancia (i). Tampoco sirve tomar la física como la ciencia ideal o insistir en buscar leyes. Es importante que «no se haya encontrado ninguna» (ii).

Tercero. Un punto básico es que los conceptos de la psicología son conceptos cotidianos (x) y que elucidando esos conceptos y exhibiendo la trama que integran podemos neutralizar las confusiones conceptuales que los filósofos y los psicólogos proyectan sobre ellos (xiv, xv). Wittgenstein vuelve una y otra vez sobre los problemas que plantea la distinción interno/externo, las asimetrías entre la primera y la tercera persona, los sentidos en los que las manifestaciones (el comportamiento) del sujeto son el objeto de la psicología (iii y vii), el rol de los enunciados en primera persona del singular, la influencia deletérea de una teoría semántica referencialista de las palabras del lenguaje psicológico y, sobre todo, la idea de que la relación entre las manifestaciones (el comportamiento) de los sujetos y las atribuciones psicológicas es de naturaleza criteriológica (xvi).

Cuarto. Hablar de conceptos no es hablar de entidades ideales o mentales: analizar un concepto es analizar la aplicación de una palabra (viii). A su vez, la elucidación conceptual no es una tarea sin restricciones aparentes: hay hechos naturales generales que subyacen a los marcos conceptuales (xviii) y los juegos lingüísticos perderían su objeto si no existieran ciertas regularidades naturales básicas (xix). La finalidad última es alcanzar un punto de vista sinóptico (*Übersicht*) que permita «arreglárnosla con la ambigüedad conceptual» (xi-xv). Es así como Wittgenstein produce el *corpus* filosófico más completo con que contamos acerca de la psicología *folk*.

Quinto. La investigación científica es distinta de la filosófica. Esto no significa que no puedan relacionarse. El progreso de la ciencia puede ser útil a la filosofía (xxi), y si bien la clarificación conceptual y el desentrañamiento de las confusiones conceptuales no contribuyen directamente a la construcción de teorías o al diseño de experimentos, son una condición necesaria para poderlos encarar con éxito. Un caso resonante es el de los párrafos 66-71 de IF: un ataque demoledor a la teoría clásica de los conceptos, a la artificialidad de las definiciones en términos de condiciones necesarias y suficientes, e inspirador de la teoría (psicológica) de los conceptos como prototipos.

Sexto. El paralelismo neuropsicológico (iv, v) ejemplifica los intentos de asociar e identificar los conceptos psicológicos cotidianos con las categorías y clasificaciones de la neurofisiología o las de alguna psicología científica, o de reducirlos a ellas. Esos intentos son vanos porque la psicología *folk* tiene una índole y una finalidad que difieren de la índole y finalidad de la ciencia.

Séptimo. Wittgenstein no piensa que los conceptos psicológicos formen parte de una teoría (xvii) y tiene dudas acerca del uso, supuestamente técnico, de palabras categoriales (conceptos formales) como «estado», «evento», «hecho», «proceso», etc. (xx). También rechaza el mentalismo, sea como una construcción teórica atribuida a la psicología *folk*, sea como una estrategia general para el desarrollo de la psicología científica.

La «lectura» naturalista de «6» tiene, como se ve, una base hermenéutica aceptable. No ignoro que el énfasis puesto por Wittgenstein en la elucidación conceptual, su empeño en poner de manifiesto cuestiones «gramaticales», puede llevar a pensar que siguió los preceptos Canónicos 1-3, al menos. Ocurre que su manera de concebir los conceptos, su modo de practicar la elucidación conceptual, el carácter contingente que atribuye a los criterios y el anclaje natural que otorga a las formas de vida, hacen que esos preceptos adquieran un significado y tengan una función totalmente distinta a las del Canon Tradicional.

Como conclusión de este largo recorrido, prestemos atención al siguiente texto «7».

Comúnmente, los filósofos plantean la pregunta acerca de la representación mental haciendo abstracción de toda teoría científica o de todo marco conceptual. Lo considero un error. La representación mental es un supuesto teórico, no un lugar común del discurso ordinario. Es ingenuo suponer que la «psicología de sentido común» (la «psicología *folk*»), el computacionalismo ortodoxo, el conexionismo, la neurociencia, y demás, hacen uso de la misma noción de representación. Más aún, para comprender la noción de representación que da fundamento a un marco teórico particular, tenemos que comprender el rol explicativo que ese marco asigna a la representación mental... [la suposición anterior es ingenua] porque la representación mental tiene roles explicativos diferentes [en] cada una de esas áreas. En consecuencia, no debemos preguntar con simpleza (e ingenuidad) «¿Cuál es la naturaleza de la representación mental?». Esta pregunta no tiene restricciones. En cambio, tenemos que elegir un marco teórico y preguntar qué rol juega en él la representación mental y cuál tiene que ser la relación representativa si ese rol explicativo va a estar bien fundado. Nuestra pregunta va a ser «¿Qué tenemos que suponer acerca de la naturaleza de la representación mental si las teorías computacionales ortodoxas de la cognición (o las teorías conexionistas, o lo que fuere) van a ser verdaderas y explicativas?». Tal como yo la entiendo, se trata de una pregunta de filosofía de la ciencia, como la pregunta siguiente: «¿Cuál tiene que ser la naturaleza del espacio (¿sustancia?, ¿propiedad?, ¿relación?) si la Teoría General de la Relatividad resulta ser verdadera y explicativa?». Debemos ser cuidadosos en distinguir... el Problema de las Representaciones... que es un problema teórico de la ciencia empírica, [del] Problema de la Representación... que es un problema paradigmático de filosofía de la ciencia empírica... Si resultara que no puede darse una explicación satisfactoria de la noción de representación mental –si, en especial, no puede darse una explicación de la naturaleza de la relación de representación (mental) que sea consistente con la teoría empírica que la supone– entonces, al menos en ese respecto, tenemos que considerar que dicha teoría empírica está mal fundada y que no es una respuesta adecuada a tipo de comprensión intelectual abarcativa que motiva la teorización científica (Cummins, 1989).

En este *tipo* de planteo, que no hace referencia a las confusiones conceptuales de la Psicología, aparece algo peculiar: una especie de *test* acerca de la adecuación de las teorías empíricas, fundado en la posibilidad de formular explicaciones «consistentes» de sus conceptos básicos. Un resultado negativo del *test* mostraría que fallan los fundamentos empíricos de la teoría. Hay, además, un rechazo expreso de las preguntas que se formulen sin restricciones contextuales teóricas (es decir, las preguntas típicas de la Filosofía de la Mente: «¿Qué es la mente?». «¿Cuál es la naturaleza de las creencias?». «¿En virtud de qué son lo que son?», etc.). Además, no se atribuye un lugar especial a la psicología *folk*, ni para defenderla «4» ni para desmerecerla «3». El planteo se inserta, de modo explícito, en el campo de la Filosofía de la Ciencia.

V

Es muy claro, pues, que hay diferentes *tipos* de respuesta a las preguntas acerca de la agenda y la práctica de la Filosofía de la Mente y la Filosofía de la Psicología y que cada *tipo* genera programas de investigación distintos. El primer objetivo del trabajo está cumplido.

Cabe agregar que la nómina de tipos de respuesta que he ofrecido, es representativa. La mayoría de los filósofos de la mente están comprometidos con versiones Canónicas del *tipo* «1» y «2». A su vez, los Churchland, entre otros, pueden ser asignados a «4» (si se cambia la terminología, la ciencia preferida y se adopta el eliminativismo). Millikan es ubicable en «5». Goldman (1992, 1993), parece pivotar entre «5» y «7». Stich está asociado a «7». Quienes desarrollan programas de «fundamentación» (von Eckardt) o de «explicitación» (Clark) de la Ciencia Cognitiva, en general, o de la Psicología Cognitiva, en particular, también pueden verse como ampliando el marco expuesto en «7». Hay, por cierto, otros casos. La nómina es representativa pero no pretende ser exhaustiva.

Queda por dar el paso más comprometido: decidir acerca de las opciones y dar una explicación razonable de la decisión. Mi respuesta será breve y tentativa.

Primero. Es obvio que el enfrentamiento básico se da entre quienes profesan la concepción Canónica, «1» y «2», y quienes adoptan, de una u otra manera, el naturalismo metafilosófico, «3»-«7». No existen argumentos concluyentes y persuasivos a favor de una u otra opción. Lo que hay son «preferencias *prima facie* argüibles», es decir, preferencias razonables (según los criterios que uno privilegie). En ese sentido, yo prefiero (i) reconocer que el filosofar tiene límites cognoscitivos (que nadie mira con el Ojo de Dios), (ii) plantear y discutir cuestiones filosóficas que puedan alcanzar un grado adecuado de decidibilidad (el estilo escolástico tan de moda es una forma de onanismo conceptual), (iii) no aceptar argumentos basados en la tradición (la legitimidad de los problemas y su «solución» no pueden fundarse en un supuesto valor que el pasado otorga), (iv) no creer que estoy en condiciones de descubrir e imponer, vía la reflexión filosófica, maneras correctas de pensar y actuar (no asocio ser filósofo con ser un odioso policía de la razón), (v) pensar que la interrelación con la ciencia y el sentido común es una condición natural del filosofar (la autonomía disciplinal es, en los hechos, autismo disciplinar). Es claro de qué lado estoy.

Segundo. En el campo naturalista las diferencias son de tipo y de grado. He señalado varias a lo largo de mi exposición:

- el diagnóstico del estatuto de la psicología científica,
- la naturaleza de la práctica teórica a llevar a cabo (descripción/construcción/normación),
- la índole (teoría/no teoría), la influencia (positiva/negativa) y el modo de integración (conservación/eliminación) de la psicología *folk*,

- el ámbito científico preferido (ciencias empíricas/ciencias cognitivas/psicología/psicología cognitiva/modelos específicos),
- la manera de concebir la interfaz.

Tercero. Es pertinente reflexionar sobre esos temas. Elijo (a) la índole de la psicología *folk*, (b) el diagnóstico del estatuto de la psicología científica, y (c) la manera de concebir la interfaz.

VI

(a) A menudo, tomamos en cuenta y hablamos de la psicología de las personas, incluidos nosotros mismos. Cuando lo hacemos, tomamos en cuenta y hablamos de las experiencias, sentimientos, creencias, motivaciones, pensamientos, emociones, rasgos de carácter, aptitudes, voliciones, decisiones, propios y de los demás, que atribuimos vía la interpretación de unas ciertas manifestaciones conductuales. Tomar en cuenta *personas* implica atribuir una capacidad para la interacción, la aptitud para la comunicación lingüística, la operatividad de un conjunto de convicciones y creencias básicas acerca «del mundo y la vida» y el conocimiento tácito de la compleja práctica atributiva-interpretativa-explicativa-evaluativa. La psicología de las personas suele ser conceptualizada como la «psicología de sentido común» o «psicología *folk*» (*psi*, en lo que sigue).

¿Cuál es el contenido, el *modus operandi* y el rol de la *psi*?

La mayoría de los filósofos analíticos encara esta pregunta de una manera poco auspiciosa, por así decir. Sin basarse en indagaciones empíricas serias y apelando a ejemplos ingenuos, sesgados y estereotipados proponen un *tipo estándar* de descripción que sólo es apto para el propio consumo filosófico. Afirman, por ejemplo, que un objetivo primordial de la *psi* es la explicación y predicción del comportamiento y sostienen que ello es posible por la atribución de estados intencionales que supone, a su vez, la operatividad causal de deseos y creencias. Esas tesis se basan en casos como «Explico/predigo por qué Juan cruza/cruzará la calle en dirección al estanco porque *desea* fumar y *cree* que las marquillas se venden en el estanco».

He aquí un ejemplo reciente de dicha táctica:

...la psicología *folk* está comprometida con [el hecho de] que la gente tiene estados intencionales y con la afirmación de que esos estados intencionales son formas de contenido intencional en los que ítems actuales o posibles son presentados a un sujeto de varias maneras y conceptualizados de maneras diversas... Más aún, hay conexiones causales típicas entre la percepción y algunos de esos estados con contenido... También hay –y éste parece ser el núcleo creencia/deseo de la psicología *folk*– conexiones causales características entre combinaciones de estados intencionales y acciones (Botterill & Carruthers, 1999).

Esta descripción nos revela un «descubrimiento» notable: las personas, los agentes de la *psi*, somos ingenios funcionales. No cuesta trabajo entrever la influencia de otra conocida caracterización:

Consideraré que una psicología es de sentido común acerca de las actitudes –que, de hecho, las asume– sólo en caso de que postule (entidades, eventos, o cualquier otra cosa) que satisfagan las siguientes condiciones: (i) son semánticamente evaluables; (ii) tienen poderes causales; (iii) las generalizaciones implícitas de la psicología de creencias/deseos de sentido común son, en gran parte, verdaderas de tales estados (Fodor, 1987).

Algunos van más lejos y sostienen que:

...[en la] psicología de sentido común está inmersa la modularidad proposicional (Ramsey, Stich, Garon, 1990).

La lista puede seguir.

Podría argumentarse que este tipo de descripciones no pretende dar cuenta de la totalidad de la *psi*, sino sólo de la parte asociada a las actitudes proposicionales; y que respecto de ese ámbito restringido la descripción es adecuada. Cabe responder que la descripción es infundada cualquiera que sea la extensión que se le atribuya, porque lo que se presenta como una descripción novedosa y reveladora es, en realidad, el resultado de una proyección interesada de categorías filosóficas: la existencia de actitudes proposicionales, su naturaleza relacional, el carácter proposicional de los contenidos, la inercia de los factores emocionales, la causalidad mental, el mentalismo, etc.

El «descubrimiento» más sorprendente es éste: la *psi* es una teoría. La consecuencia es previsible. Como toda teoría es sustituible por otra mejor, se abre una incógnita acerca de la suerte de la *psi*. Según algunos no hay por qué preocuparse: la *psi* no desaparecerá; tarde o temprano será reivindicada por la psicología científica. Según otros, hay la posibilidad, al menos en principio, de que las Neurociencias la sustituyan impiadosamente. Hay, por supuesto, posiciones intermedias. La discusión en torno a las implicaciones de este «descubrimiento» generó la «polémica sobre el eliminativismo». Lo mejor que puede decirse de ella es que ha sido muy poco fructífera (Rabossi, 2000a).

Hay maneras de superar la situación. Una es profundizando el análisis de los usos del lenguaje mentalista en situaciones coloquiales. Wittgenstein y los prácticos de la Psicología Filosófica (ver, por ejemplo, Gustafson, 1964) han abierto un camino en esta dirección. Otra es haciendo investigación empírica. La Psicología del Desarrollo, la Cognición Social, la Antropología Cognitiva, son las áreas pertinentes. En estos casos, es bueno que los investigadores formulen un voto solemne de pobreza filosófica. De lo contrario, terminan «descubriendo» lo que es previsible que encuentren. Los trabajos de Kohlberg sobre el desarrollo moral son un ejemplo paradigmático. Kohlberg presupuso que la moral es como Kant pensó. Era

previsible que «descubriera» que en los estadios superiores de maduración moral los agentes exhiben rasgos kantianos.

(b) Paso ahora a la psicología científica («Psicología», en lo que sigue). La *psi* constituye, *grosso modo*, su dominio teórico, de la misma manera que el mundo de los objetos y procesos macroscópicos, el mundo de los seres vivos y las creencias y prácticas *folk* asociadas a ambos, constituyen, *grosso modo*, el dominio teórico de la Física y de la Biología, respectivamente. Pero, *sottile modo*, la situación es otra. Las teorías científicas son marcos conceptuales hipotéticos que ofrecen explicaciones generales y sistemáticas de conjuntos acotados de fenómenos. En sus versiones más refinadas, la estrategia consiste en pasar del macronivel al micronivel mediante la introducción de constructos teóricos. Es crucial que las hipótesis sean corroboradas empíricamente y que se las plantee y desarrolle con independencia de las prácticas y creencias *folk* (física *folk* y biología *folk*). Esto vale, claramente, para la Física y la Biología. No vale, en cambio, para la Psicología. Su breve historia muestra una endémica falta de consenso respecto del dominio teórico propio y del papel fundante, explícito o implícito, de la *psi*.

No hay integración –al menos de manera evidente– de los dominios de la psicología experimental, la psicología matemática, la psicología social, la psicología del desarrollo, la neuropsicología, digamos. El carácter pluridisciplinario de la Ciencia Cognitiva no neutraliza la fragmentación, sino que la santifica. El supuesto básico general (en versión ortodoxa: la mente humana es un sistema complejo que recibe, almacena, recupera, transforma y transmite información) no da pie a una «diferencia específica» que permita identificar el dominio propio de la Psicología Cognitiva. Es cierto que la Física y la Biología, abarcan en su seno áreas muy diferentes (compárese la Física de cuerpos sólidos con la Física cuántica o la Biología de poblaciones con la Biología molecular), pero, también es cierto, que esas diferencias se definen *a partir* de una empresa investigativa común. Esto implica que hay acuerdo en cuanto a los objetivos generales perseguidos, los problemas recurrentes, el paradigma teórico de fondo y las metodologías en uso. Sólo así se identifica el dominio general propio. Otra manera de expresar lo anterior, es ésta:

La señal de una ciencia madura es la existencia de problemas de rutina, esto es, la existencia de problemas que pueden ser identificados *a priori* como sucumbiendo, probablemente, a métodos de investigación y de explicación bien conocidos. En la psicología hay pocos problemas de rutina; consiguientemente, las discusiones metodológicas llenan las revistas, y los desacuerdos metodológicos se trasladan, de manera directa, a diferencias en el diseño de los experimentos. Una consecuencia de este estado de perturbación de la metateoría psicológica es que las escuelas psicológicas se distinguen tanto por los tipos de experimentos que sus adherentes llevan a cabo de modo típico como por las teorías que exponen (Fodor, 1968).

El problema del dominio propio conduce naturalmente al problema de la relación de la Psicología con el mundo de la *psi*. Ese mundo le inspira los problemas, le provee el «material» experimental (los sujetos, los datos iniciales) y le sirve

de instancia de constatación. Más aún, el concepto mismo de lo mental, lo psicológico, está tan íntimamente ligado a la manera corriente de manejar los conceptos respectivos, que si la Psicología arribara a resultados no compatibles con ella, se tendería a pensar que cambió de tema o que no trata de lo mental. No es fácil *diagnosticar* la causa de esa situación y decidir si es deseable, inevitable o cuestionable. Quizá influya el carácter iterativo y la hermenéutica propia de los fenómenos que la Psicología investiga [recuérdese «6» (iii), (vi), (vii)]. Es posible que exista un síndrome de inmadurez disciplinar. El peso de las confusiones conceptuales (entendidas *à la* Wittgenstein o de otra manera) en torno al carácter y funcionamiento de la *psi*, no puede ser negado. Es posible que todos estos factores jueguen al unísono. La salida del atolladero requiere una estrategia que reconozca las peculiaridades de la *psi* (no es una teoría), las diferencias entre el «juego» de la *psi* y el de la teorización científica, y el valor de los rasgos propios de cada cual. Además, la estrategia tiene que desarrollar una concepción no solipsista del mentalismo de la Psicología actual, distinguir entre la relevancia causal y la relevancia constitutiva (criteriológica) de los factores relevantes, abandonar la pretensión de fijar relaciones estrictas entre los tipos psicológicos y los conceptos *psi*, y aclarar el carácter corroborativo de las descripciones *psi vis-à-vis* «lo que está en la cabeza». El programa no es irreal (ver, por ejemplo, Clark, 1989).

c) El naturalismo metafilosófico postula la contigüidad de la Filosofía de la Psicología y la Psicología. Prefiero el neologismo «interfaz» porque se presta a una caracterización más técnica que «contigüidad». Y bien, ¿qué es eso de la interfaz?

El Diccionario de la Real Academia nos dice que «interfaz» proviene del inglés «*interfaz*», superficie de contacto, y que su significado en la Electrónica es «zona de comunicación o acción de un sistema sobre otro». El Webster nos dice que una de las acepciones de «*interface*» es «the facts, problems, considerations, theories, practices, etc., shared by two or more disciplines, procedures or fields of study: *the interface of chemistry and physics* [los hechos, problemas, consideraciones, teorías, prácticas, etc., compartidas por dos o más disciplinas, procedimientos o campos de estudio: el «interfaz» de la química y la física]. También recoge el uso en computación: «equipment or programs designed to communicate information from one system of computing devices or programs to another» [equipo o programas diseñados para comunicar información de un sistema de mecanismos de computación o programas a otro]. ¿Podemos proyectar alguno de estos usos, de modo no metafórico, a nuestro caso?

Alvin Goldman ha intentado dar una respuesta al problema. Goldman distingue:

... tres tipos de interfaces entre la filosofía y las ciencias cognitivas y sociales. El filósofo puede relacionarse a esas ciencias como un aportador, un crítico metodológico o un consumidor (1992).

Como aportador, el filósofo proporciona herramientas intelectuales (lógica, semántica) e identifica los tópicos de una agenda de trabajo. Como crítico, practica

una filosofía regional de la ciencia. Como consumidor, se pregunta por los usos filosóficos de los resultados alcanzados en las ciencias cognitivas y sociales. Esas actitudes no son excluyentes (Rabossi, 2000b).

Puede argumentarse que lo de Goldman agrega poco a lo visto, pues las tres actitudes que identifica están presentes, de una u otra manera, en los textos «3» a «7». Es verdad. Y para mis fines, es importante que lo sea. Los textos «3»-«7» brindan respuestas a las preguntas iniciales y exponen los rasgos básicos del naturalismo que profesan sus autores. Los he seleccionado por esas dos razones. Lo que ahora sugiero es que se lean, además, como caracterizando modos diferentes de concebir y practicar la interfaz. En algunos casos («4», «5» y «7»), se delinean rutinas con un aceptable grado de operatividad.

VII

A todo esto ¿cuáles son mis preferencias? Me inclino por una combinación equilibrada de elucidaciones wittgensteinianas de los conceptos mentales cotidianos *más* un planteo *à la* Dennett respecto de la rutina de trabajo y la pluralidad de disciplinas científicas asociables *más* una estrategia de base como la sugerida en (b). La extensión desmesurada que ha alcanzado el trabajo es una excelente excusa para no intentar aquí el desarrollo puntual de esa *mélange*. Además, conviene que dé un descanso a mi afán por alcanzar «algún grado de definición global»¹.

1. El presente trabajo ha sido desarrollado en el marco del Proyecto 04-531 de la ANPCyT-FONCyT de la Argentina. He presentado versiones del mismo en las Universidades de Barcelona y Carlos III, en la UNED y en la Sociedad Argentina de Análisis Filosófico (SADAF). Agradezco a J. Francisco Álvarez, Fernando Broncano, Eduardo Bustos, Manuel García Carpintero, Carlos Thiebaut, Luis Vega y Julia Vergara los comentarios críticos.

BIBLIOGRAFÍA

- BLOCK, N. (1980), *Readings in the Philosophy of Psychology*, Cambridge, Harvard University Press.
- BOTTERILL, G. y CARRUTHERS, P. *The Philosophy of Psychology*, Cambridge, CUP.
- CLARK, A. (1989), *Microcognition. Philosophy, Cognitive Science and Parallel Distributed Processing*, Cambridge, Ma., MIT.
- COFFA, J. A. (1991), *The Semantic Tradition from Kant to Carnap. To the Vienna Station*, Cambridge, Cambridge University Press.
- CUMMINS, R. (1989), *Meaning and Mental Representation*, Cambridge, Ma., MIT.
- FODOR, J. (1968), *Psychological Explanation. An Introduction to the Philosophy of Psychology*, Nueva York, Random House.
- (1975), *The Language of Thought*, Nueva York, Crowell.
- (1981), *Representations. Essays on the Foundation of Cognitive Science*. Cambridge, Ma., MIT.
- (1987), *Psychosemantics. The Problem of Meaning in the Philosophy of Mind*, Cambridge, Ma., MIT.
- GOLDMAN, A. (1992), *Liaisons. Philosophy meets Cognitive Science*, Cambridge, Ma., MIT.
- (1993), *Philosophical Applications of Cognitive Science*, Boulder, Co., Westview Press.
- GUSTAFSON, D. (comp.) (1964), *Essays in Philosophical Psychology*, Nueva York, Doubleday, 1964.
- HAO WANG. (1986), *Beyond Analytical Philosophy*, Cambridge, Ma., MIT.
- KATZ, J. (1998), *Realistic Rationalism*, Cambridge, Ma., MIT.
- KIM, J. (1996), *Philosophy of Mind*, Boulder, Co., Westview Press.
- KITCHER, Ph. (1988), «A priori knowledge», en KORNBLITH, H. (comp.), *Naturalizing Epistemology*, Cambridge, Ma., MIT.
- (1992), «The Naturalistic Return». *Philosophical Review*, 101.
- LEWIS, C. I. (1929/1956), *Mind and the World Order. Outline of a Theory of Knowledge*, Nueva York, Dove.
- MARGOLIS, E. y LAURENCE, S. (comps.) (1999), *Concepts. Core Readings*, Cambridge, Ma., MIT.
- MCGINN, C. (1982), *The Character of Mind. An Introduction to the Philosophy of Mind*, Oxford, Oxford University Press.
- MONK, R. (1990), *Ludwig Wittgenstein*, Barcelona, Anagrama.
- PÉREZ, D. (1999), «Acerca del impacto del naturalismo en la filosofía de la mente contemporánea», *Análisis Filosófico*, 19.
- QUINE, W. (1969), «Epistemology naturalized», en *Ontological Relativity and Other Essays*. Nueva York, Columbia University Press.
- RABOSI, E. (2000a), «La psicología de sentido común y la teoría de la teoría. Algunas reflexiones críticas», *Endoxa*, Serie Filosófica, 12.
- (2000b), «Psicólogos, filósofos e interfaces», *Análisis Filosófico*, 20.
- «El caso Rorty. Un modelo para armar», en NUDLER, O. (comp.), *Metafilosofía. Cuestiones actuales*, Buenos Aires, Gedisa (en prensa).
- RAMSEY, W.; STICH, S. y GARON, J. (1990), «Connectionism, eliminativism and the future of folk psychology», en TOMBERLIN J. (comp.), *Philosophical Perspectives*, 4, Atascadero, Ca., Ridgeview.
- STRAWSON, P. F. (1985), *Scepticism and Naturalism: Some Varieties*, Londres, Methuen.
- WITTGENSTEIN, L. (IF) (1988), *Investigaciones Filosóficas*, Barcelona, UNAM-Crítica.
- (LC) *Estética, psicoanálisis y religión*.
- (UE) *Últimos escritos sobre filosofía de la psicología*.
- (OFP I) (FP II) *Observaciones sobre filosofía de la psicología*.
- (Z) *Zettel*.